

Juego de roles: Sesión 1

4 personajes: Narrador, Cristina (terapeuta), Marina (pareja 1), Pedro (pareja 2)

Marina (con voz débil y realmente seria): No sabría por dónde empezar, la verdad... No estamos bien

Narrador: ¿Cómo se sentiría Pedro escuchándola?

Cristina (con tono de voz cálido): Esta bien, es normal no dar con las palabras cuando hablamos de algo complicado, tómate el tiempo que necesites.

Marina: Es que no sé cómo estamos, o cómo estamos así... realmente discutimos mucho, no estamos bien, y el otro día ya fue el colmo...

Cristina (girando la mirada hacia Pedro): Pedro, ¿qué me podrías decir tú?

Pedro: Pues... sí, que estoy de acuerdo, no sé qué ocurre. Yo... la quiero, lo tengo claro, pero llevamos mucho tiempo sin entendernos.

Narrador: Mientras decían estas palabras, ambos empezaban a sentir algo raro: se hallaban delante de una desconocida, pero también estaban poniendo las cartas sobre la mesa. Ya sabían que estaban cansados, que discutían de continuo, pero no habían previsto que expresarlo ante un tercero supusiera una experiencia tan diferente y calmante, en cierta manera. ¿Sería quizás por el ambiente?, ¿el clima que se estaba creando?

(Cristina les sacó del breve silencio)

Cristina: Si yo estuviera observándolos en algún momento de esos en los que no se entienden ¿qué es lo que vería? ¿qué haría cada uno?

Narrador: Aquí Marina tomó la iniciativa y empezó a contar que en muchas ocasiones habían quedado con otras parejas para salir y tomar algo, pero a Pedro, a última hora, no le había apetecido el plan, con lo que había iniciado una discusión.

Pedro (enojado, saltando como un resorte después del comentario de Marina): Eso no es así realmente, y lo sabes. No se trata de que a mí no me apeteciera, ¡es que siempre estamos haciendo lo que tú quieres! ¡Tus planes, exclusivamente tus planes! Yo no me siento libre de decirte que no quiero hacer esto o lo otro, siempre me lo echas en cara.

Narrador: Ambos entraron en una dinámica de réplicas y reproches bien conocida... pero Cristina permaneció callada y serena. Sin intervenir, observaba la manera en que Pedro y Marina se polarizaban, cada uno en una dirección, atacando al otro, escuchándose solo a sí mismos. Tras un nuevo silencio en que la pareja ya parecía haberse dicho todo o habían llegado al punto de saturación.

Cristina (con voz calmada): Marina, antes has dicho que lo que pasó el otro día fue el colmo, ¿qué ocurrió?

(Pedro y Marina bajan la mirada y suspiran).

Marina: En realidad, empezamos como siempre, sí... como siempre, como tantas veces, pero... Bueno, trataré de ser más ordenada. Volvíamos a casa en nuestro coche, yo iba pensando, y por su actitud creo que Pedro también, que no era feliz, que no quería esa vida. Yo estaba

amargada porque sentía que él me obligaba a vivir a su manera, como él quería, con sus reglas. O aceptaba eso o ya me podía preparar para un infierno.

Narrador: Pedro negaba con la cabeza y apretaba la mandíbula.

Marina: —Así llegamos a casa, cada vez más enfadados el uno con el otro. Empezamos a hablar más alto, a movernos nerviosos. Yo lo reconozco, sí, que cada vez que discutimos nos enzarzamos más y más y ando de aquí para allá y pego manotazos al aire. Pero esta vez pasó algo diferente a todas las otras veces... *(pausa, los dos se miran por un momento)*. golpeé sin querer una jarra de agua que se encontraba en la mesa del salón, cayó al suelo y se rompió en mil pedazos haciendo un ruido espantoso. Tras unos segundos en que me quedé como atontada, alguien tocó el timbre de casa y de forma automática Pedro fue a abrir. Era nuestra vecina, Toñi, una mujer que parece buena persona, pero con la que no tenemos más relación que “hola y adiós”, de vecinos. Aunque Pedro seguía delante de ella en la puerta, Toñi inclinó algo el cuerpo para verme. Estaba como asustada. Me preguntó que si estaba bien. “Sí, sí, Toñi”, le dije yo, “No te preocupes, perdona si te hemos molestado, solo se ha caído una jarra”. Y Pedro también insistió y se apresuró a decir de forma cómplice “¡No te preocupes Toñi, de verdad!”, “es que Marina, iba algo acelerada y le dio sin querer a la jarra. ¡Gracias por llamar y preguntar! Y Toñi nos dijo: “...ah bueno... es que como oía voces... me ha dado mucho miedo, la verdad... siento haberos molestado, bueno, perdón y buenas noches”. Se fue, y... entonces... no pude evitar agacharme, acuclillarme en el suelo y empecé a llorar y llorar. Ahora sé que lloraba de vergüenza. Pedro no lloró, pero estaba como congelado. Nos dimos cuenta de que nuestra vecina nos había oído no solo en esta ocasión, sino todas las veces, mil veces. Una mujer que bien podría ser mi madre. Y debía haber sentido tantas veces las peleas que había llegado a pensar, al oír los vidrios rotos, que Pedro me había pegado.

Narrador: Durante unos minutos nadie dijo nada.

Cristina: tuvo que ser un episodio realmente embarazoso para ambos. Me gustaría que cada uno me contará cómo se siente ahora, al recordarlo.

Narrador: Ambos hablaron de tristeza, desesperación, vergüenza. Y tanto Pedro como Marina pudieron ver que había algo importante en común: estaban sufriendo en ese mismo instante por lo mismo y juntos. Más tarde comprenderían que ese punto de darse cuenta del mutuo sufrimiento fue el principio del cambio. El ambiente en la consulta era lúgubre en ese momento, la pareja se encontraba completamente descorazonada, pero Cristina les explico que era normal sentirse así al ver que su relación estaba dañada y no tener claro qué podían hacer para solucionarlo.

Cristina: Sin embargo, en realidad sí que están haciendo algo, algo útil: están aquí, en consulta, y eso tiene mucho valor. Como me han dicho, ha sido voluntad de ambos venir. Así que han empezado a cuidar de la relación y, por tanto, de ustedes mismos. Sin duda, ese cuidado existía antes de que todos estos problemas comenzaran y es lo que recuperaremos aquí.